

## **EL SEMBLANTE DE CARLA**

AUREA MARÍA SOTOMAYOR

Las escaleras que conducen al saloncito del seminario de literatura comparada están despejadas. Son pocos los que nos asomamos a ellas a inicios de los setenta. En un salón con una sola ventana de fondo y una puerta, se halla la maestra. Esperamos por ella. Sabemos que sufre el trayecto difícil de esos escalones infinitos. Y de momento arriba, se detiene como por resorte en el umbral y se toma su tiempo contemplando a los discípulos que la aguardan en silencio. Luego da un paso al frente y dispersa la sonrisa de los buenos días. Bastaría con esa sonrisa franca y sabia, aunque los buenos días vuelven a reiterarse con la palabra. Carla Cordua es el gesto reflexivo o sorprendido del rostro, de un semblante hecho para sonreír. Decir con el rostro. El semblante como tránsito para la lección. Y luego, sólo luego, las palabras.

En el rostro se piensa la lección. El tono de esa clase de hoy lo sabemos por las inflexiones del rostro, seguido del gesto de colocar el cuaderno sobre la mesa y la mirada en derredor. Sus traducciones de Franz Kafka las entregaba con una genuflexión del rostro, los conflictos éticos de los personajes de Albert Camus se debatían también en el semblante súbitamente devastado de la maestra, la enorme grieta que partía en dos la vida de Scott Fitzgerald estremecía y sonrojaba el rostro de quien la describía y, para colmo, la paradójica impersonalidad que resguarda la emoción poética, tan bien explicada por T. S. Eliot, eran todas lecciones que impartía la maestra a sus alumnos. Gesto y voz y, a veces, un breve pero claro ascenso de la entonación, cuando se estusiasmaba cercando el júbilo.

Más que su sólido conocimiento del género ensayístico, de la narrativa o de la poesía, Cordua enseñaba a pensar, a crear un pensamiento que diera acceso a la posibilidad de la escritura; de una que se comprometiera a decir algo, de una escritura fuerte, clara y arriesgada, pensada para con-

vencer, argumentar y estremecer. Aunque no todo era razón en sus lecciones. Lo poético, la emoción, conmover, eran parte de las experiencias que recogía su palabra entusiasmada, y el consejo que tan bien se ocultaba era saber decirlo bien cuando ocurriera. Pienso que Cordua apostaba al "ser posible" de sus alumnos, al que pudiera producirse a partir de la experiencia personalísima de leer un texto y de evaluarlo en primera persona, ya sin la mediación de los artilugios críticos, sin la necesidad de apelar a la barbarie crítica que pudiera sofocar las palabras del texto. Aprender a leer, aprender a interpretar, aprender a pensar. Rendida la ceremonia de las bibliografías, de todo lo que dijeron los demás, a Cordua le interesaba sobre todo el pensamiento que se formaba en nosotros durante el acto mismo de la lectura.

Y luego, los apuntes de la maestra en los cuadernos de tapas azules que eran los exámenes no reprimían, más bien, servían para provocar otras reflexiones. Eran una invitación a seguir escribiendo para después y por el después, en un porvenir indefinido. Eran acotaciones que se quieren gérmenes de otro ensayo. La letra de los apuntes era grandota y clara, como si se estuviera ensayando caligrafía en un cuaderno de líneas muy separadas. Todavía su letra es así, clara y grande, con espacio suficiente para que se entienda. Similar a la voz, cuando planteaba preguntas a los textos. Su rigurosidad, su disciplina y su puntualidad tienen mucho de los rasgos típicos que le atribuimos a los filósofos. La llegada, la libreta, el texto, el planteamiento, las preguntas. Pero todo interrumpido por una sonrisa que es como una pausa, como una transición hacia otro espacio. Carla Cordua no resolvía los textos, los plantaba sobre la mesa de discusión como un ente sobre el que íbamos a conversar. Después de recalcar en las situaciones didácticas de rigor, la discusión los tomaba de pretexto para partir en un viaje por el después. Me refiero a ese después que todavía no sabíamos, pero que ella sabía nos aguardaba: las complejidades éticas de lo literario cuando pensamos en un personaje, en sus decisiones, cuando nos invade un estado de ánimo, cuando sutilmente intuimos que en ese "estar" de ese personaje se halla gran parte del conflicto.

A modo de ejemplo, la obra y la persona de Virginia Woolf no podía ser la misma para Carla Cordua y para Nilita Vientós Gastón. Mientras para Carla el tiempo era fundamental en las relaciones del personaje femenino con su mundo, Nilita encontraba a una mujer deliberando con el patriarcado que intentaba neutralizar su obra. Pensar el lugar que ocupan ambas, Carla y Nilita, amigas entre sí, ante las circunstancias que les ha tocado vivir como intelectuales en Puerto Rico y en Latinoamérica conle-

varía muchas horas de desasosiego. Ambas se reconocen como intelectuales y se afirman como tales sin muletillas. Ese silencio hay que respetarlo, y me parece similar al de Sor Juana Inés de la Cruz. Tampoco los textos de Henry James leídos por Carla Cordua eran los mismos que los de Nilita. Carla parecía contemplar las situaciones conflictivas, mientras que Nilita se hallaba fascinada con las herederas desplazadas del romanticismo. Carla mira de lejos aunque emocionada por la reflexión en que la sume la trama o los temas; Nilita se dilata para identificarse y se hunde en el ensueño de las heroínas. De momento, la pregunta muy guardada de una estudiante tímida saca de su reflexión a la maestra que entonces guarda silencio, se quita los espejuelos, permanece mirando por unos segundos que parecen interminables y se inclina hacia la persona que pregunta mirándola a los ojos. Todo esto ocurre casi simultáneamente. Y luego retrocede, se acomoda un poco, aunque siempre como al borde de la silla, como al borde de una intuición que la acompaña, y empieza a hablar. Y la mirada, esta vez, se le escapa, acaso imaginando el flanco izquierdo del teatro de la Universidad que podría atisbarse por la ventana o el viento invisible que se resiste a entrar por el enrejillado de luz. Luego regresa y dice: "¿No verdad? A ver, ¿qué piensa usted?" Y de momento, tenía yo que asumir la responsabilidad de mi pregunta. Una pregunta que había pensado mucho y que había apuntado para que el lenguaje resultara preciso. La maestra colocaba entonces a la alumna al borde del abismo de lo que significaba su invocación o su invitación. Recuerdo la travesura en la mirada y en la palabra de la maestra. Y una se veía obligada a accionar rápido en el vacío, me convertía en funámbula e intentaba cruzar. Ese apostar al "ser posible" de sus estudiantes, la invitación a la posibilidad de convertirse en una adulta mientras se lee, a pensar en primera persona, la aprendí en ese pequeño salón de seis o siete sillas donde aguardaba a la maestra. Ese saber que en la ficción se hallaban escondidas las preguntas más importantes y frecuentes que nos deparaba el porvenir. Ese saber que la maestra estaba prestada por un tiempo que todos tendríamos que superar, también se quedó en aquel espacio sagrado del tercer piso de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico.

Pero la maravilla es que la maestra todavía lo sea y nos acompañe, y que después de treinta años estemos sumidas aún en la marejada de los textos. Nunca se deja de ser alumna de algunos maestros. De Carla quiero seguir siéndolo en la distancia, a través de sus libros y a través de sus cartas. Una vez, cuando ya yo era profesora, me dijo "Usted ha leído a Derek Walcott?" "¿Usted ha leído a Saint John Perse? Creo que debe ha-

cerlo." Y me puse a leerlos. En otra ocasión me atrajo Ludwig Wittgenstein por razón del tema del lenguaje y de la música y allí estaba Carla esperando con su libro. La universidad del país necesita del mundo, sentenció una vez José Martí en un ensayo fundamental. Estimo que si mi padre le debe al exilio español que se asentó en Puerto Rico el haber tomado un curso memorable con María Zambrano, yo le debía a la fructífera estadía de Carla Cordua en Puerto Rico su confianza y apoyo, mi apego a la literatura y parte de mi memoria. Después de muchos años entendemos que el conocimiento es un infinito proceso de deliberación, extremadamente mixto desde el punto de vista de las disciplinas. No es el acopio de información que algunos piensan ni el catálogo de nombres que no arroja ninguna sombra. Es inconsciente y relajado, y muchas veces trasciende los contenidos. Es el elegante arte de enseñar a pensar sin que en el momento duela demasiado. Es una especie de divertimento, un movimiento en zig-zag que nos conduce por azares discretos a ciertas certezas inescapables y a otras que configuramos lentamente con el tiempo. Una de las mejores lecciones impartidas por Carla Cordua se halla sintetizada en la introducción a sus ensayos literarios, *Luces oblicuas*:

Hasta hoy sigo creyendo que las obras artísticas que valen la pena ofrecen cierta clase especial de verdades sobre las cosas, el mundo y la gente; me parece que dejan ver lo que sin ellas no sería visible y dan que pensar ideas nuevas. Sin querer convertirlas en teorías, creo que brindan acceso a la verdad. Estas revelaciones poéticas no nos capacitan para formular las verdades aprendidas o para enseñarlas a otros, y, menos que nada, para dogmatizar. Son luces oblicuas que coexisten y se entrecruzan sin competir y sin exigirnos tomar partido. Iluminan sin tiranizar.

Es decir, después de treinta años, la maestra dice su verdad. Es preciso leer sólo aquello que vale la pena. Puedo ver su semblante revelando el asombro de lo que recién acaba de descubrir. Radiante de felicidad y entusiasmada por el movimiento que produce esa conmoción llega al salón. No hay imposición ni dogmatismo, pero sí autoridad. Los verdaderos maestros no dicen la verdad, sólo indican los muchos lugares donde es posible buscarla. Allí vamos llegando poco a poco para compartir el entusiasmo, apostando a poder verbalizar nuestra emoción en torno a textos que develan el mundo, las verdades diferentes y nuevas, las verdades múltiples, interminables y difíciles. El proceso de compartirlas, debatirlas, fusionarlas, armaba el diálogo y nos iluminaba, a cada cual a su tiempo y sin tregua. Hay una expresión casi perfecta de Paul Valéry, a propósito

(2003)

de Leonardo da Vinci. Señala que un artista moderno debe perder dos terceras partes de su tiempo tratando de ver lo visible y, sobre todo, de no ver lo invisible. Carla Cordua también es esa artista que nos mostró, pese a su convicción cordial de no mostrar, la visión imperceptible. Gracias a la maestra por esa lección de libertad, por la iluminación y la sonrisa.

30 de octubre de 2002